

**daemon:** (sust.) programa de ordenador que se ejecuta en segundo plano continuamente y realiza determinadas operaciones a horas determinadas o en respuesta a ciertos eventos.

Acrónimo de «Disk and Execution MONitor»



## PRIMERA PARTE



# Capítulo 1:// Ejecución

Reuters.com/negocios

El **doctor Matthew A. Sobol**, cofundador y responsable tecnológico de **CyberStorm Entertainment (HSTM, Nasdaq)**, **ha muerto hoy** a los **treinta y cuatro años** tras una larga lucha contra un **tumor cerebral**. Sobol, un pionero en la industria de juegos informáticos, que movía en torno a los cuarenta mil millones de dólares, fue el creador de los famosísimos juegos en línea ***Al otro lado del Rín*** y ***La Puerta***. Kenneth Kevault, presidente de CyberStorm, describió a Sobol como un «innovador incansable y un cerebro extraordinario».

«¿Qué diablos acaba de suceder?» Eso era lo único que pensaba Joseph Pavlos mientras se apretaba la garganta con la mano enguantada. Pero no lograba impedir que la sangre latiese entre sus dedos. Un charco enorme se había formado ya en la tierra que rodeaba su rostro. Aunque no podía ver el corte, el dolor le indicaba que la herida era profunda. Giró sobre la espalda y quedó mirando hacia una franja de cielo azul impoluto.

Su mente habitualmente metódica empezó a sopesar las posibilidades a la desesperada, como quien busca a tientas la salida en un edificio en llamas. Tenía que hacer algo. Cualquiera cosa. Pero ¿qué? La frase «¿Qué diablos acaba de suceder?» no dejaba de resonar inútilmente en su cabeza, mientras la sangre le seguía manando a chorros entre los dedos. La adrenalina recorría su organismo, y su corazón latía más deprisa. Intentó gritar, pero en vano; simplemente salió un chorro de sangre de varios centímetros que le salpicó la cara. «La carótida...»

Se estaba apretando el cuello con tanta fuerza que estaba a punto de estrangularse. Con lo bien que se sentía pocos minutos antes... Al menos eso era lo que recordaba. Había pagado sus últimas deudas. Por fin.

Empezaba a sentirse más tranquilo, lo cual era extraño. Todavía intentaba recordar lo que había estado haciendo. Qué lo había lleva-

do hasta aquel lugar. En aquel momento parecía poco importante. La mano parecía aflojarse. Veía con claridad que no era una emergencia. Porque no había ninguna expectativa lógica de salir con vida de aquella situación. Y, al fin y al cabo, la capacidad inigualable de Pavlos para la lógica era lo que lo había hecho llegar tan lejos. De eso se trataba. Ya había hecho todo lo que estaba en su mano. Su visión periférica empezó a estrecharse, y entonces se sintió como un observador. Ya estaba tranquilo.

En ese estado frío y distante se dio cuenta de que Matthew Sobol había muerto. Eso decían las noticias. Entonces lo entendió todo. El juego de Sobol por fin tenía sentido. Era realmente hermoso.

«Qué hombre más inteligente...»

## Capítulo 2:// Proceso deshonesto

Thousand Oaks (California) poseía un encanto higiénico y extremadamente entusiasta. Allí no construían viviendas, sino que las fabricaban: cien chalés mediterráneos idénticos de una tacada. Parcelas valladas con nombres que usaban todas las combinaciones posibles de «Puente», «Puerto», «Cañada» y «Lago» cubrían las laderas de las colinas.

Las cadenas de tiendas de lujo tenían delegaciones en el centro de la ciudad, y los repartidores viajaban todos los días desde las comunidades satélites. Donde la ciudad medieval de Lyon tenía su callejón de los Curtidores, el sur de California contaba con su Valle de los Baristas y su Cañón de Bomberos y Protección Civil.

Para el trabajador medio, Estados Unidos se estaba convirtiendo en un rompecabezas. De todos modos, ¿quién compraba todas esas ollas de cobre de doscientos dólares? ¿Cómo pagaban esos BMW? ¿Acaso la gente era astuta o sólo eran unos completos irresponsables?

Pete Sebeck creía que la televisión aportaba algunas pistas. Mientras zapeaba a altas horas de la noche, incapaz de dormir, Sebeck consideraba que los anuncios iban dirigidos a él. ¿Era él su objetivo? ¿Lo habían calibrado bien? Y ¿qué decía eso de él? El Canal de Historia parecía pensar que o bien era un veterano de la guerra de Corea en busca de un buen cortacésped, o bien necesitaba desesperadamente un cambio de oficio. Tenía la desagradable sensación de que acertaba en uno de los dos casos.

La autopista 101 dividía Thousand Oaks por la mitad, pero curiosamente la propia autopista no tenía línea divisoria. Al lugar lo habían llamado el pueblo más seguro de América, y, mientras el sargento Peter Sebeck veía pasar los diminutos bulevares por la ventanilla del copiloto, recordaba por qué Laura y él se habían mudado allí hacía trece años, cuando todavía era asequible; el condado de Ventura era un sitio estupendo para criar niños. Si no conseguías criarlos allí, ni Dios en persona podría ayudarte.

—¿Te duele la cabeza, Pete?

Sebeck volvió la vista hacia Nathan Mantz, quien lo miraba preocupado desde el asiento del conductor. Sebeck se limitó a negar con la cabeza. Mantz sabía que era mejor no seguir preguntando.

Sebeck estaba pensando en la llamada de radio procedente de Burkow. Seguramente sonaría en las puertas de algunos clubes de campo. Sebeck y Mantz patrullaban por la ciudad con las luces puestas pero la sirena apagada. No hacía falta alarmar a nadie. Desde su Crown Victoria camuflado, Sebeck observaba a los confiados ciudadanos: la base imponible caminando a paso ligero. Tendrían algo de qué hablar por la tarde en la clase de Pilates.

El Crown Vic descendió por los cañones no urbanizados justo más allá del último muro divisorio. El sitio no era difícil de encontrar. Una ambulancia, tres coches patrulla y unos pocos coches camuflados en el arcén arenoso de Potrero Road indicaban el lugar. Dos ayudantes del *sheriff* se encontraban junto a una puerta de acero flanqueado por una alambrada que se extendía a ambos lados.

Mantz metió el coche por el camino de entrada hasta la puerta. Sebeck se bajó del auto y se dirigió al agente más próximo.

—¿Y el forense?

—Viene de camino, sargento.

—¿Dónde está el detective Burkow?

El ayudante señaló con el dedo en dirección a un agujero excavado al lado de la alambrada.

Sebeck esperó a Mantz, que estaba llamando por radio. Luego miró hacia el ayudante del *sheriff*.

—Abramos esta puerta.

—No se puede, sargento. Tiene en su interior una de esas cerraduras por control remoto. No hay nada que cortar.

Sebeck asintió mientras se le acercaba Mantz.

—Esto pertenece a una empresa local, CyberStorm Entertainment. Nos hemos puesto en contacto con ellos. Van a enviar a alguien.

Sebeck se coló por el agujero de la alambrada, seguido por Mantz. Avanzaron a lo largo de un camino de tierra que serpenteaba entre los chaparros que había al fondo del cañón. No tardaron

en llegar adonde había un grupo de sanitarios y ayudantes del *sheriff*, a cierta distancia de un fotógrafo. Todos estaban sudorosos a causa del sol del mediodía. Los sanitarios tenía una camilla, pero nadie se daba ninguna prisa. Se dieron la vuelta al oír los pasos de Sebeck y Mantz.

—Buenas tardes, señores. —Una mirada—. Señoras.

Balbupearon un saludo y se apartaron para dejar paso a Sebeck y a Mantz.

El detective Martin Burkow, un cincuentón con unos pantalones que no eran de su talla, se encontraba sobre un montículo de tierra arenosa al borde del camino. Junto a él, el fotógrafo de la policía se inclinó para obtener una vista general de un cadáver tirado en el suelo. Un charco de sangre parduza y seca se extendía bajo él formando oscuros riachuelos cuesta abajo.

Sebeck contempló la escena. Veinte metros más abajo, en la ladera de una colina, había una moto de motocross. Podía distinguir dónde había chocado contra la pared izquierda del cañón y luego había rodado por la pista de tierra.

Encima del camino, entre el cadáver y él, un tenso cable de acero se extendía a la altura del cuello. El cable atravesaba la carretera a un ángulo de cuarenta y cinco grados, más próximo por el lado izquierdo y más alejado por el derecho. El cable cortaría como la hoja de una sierra cualquier cosa que pasase corriendo por allí. La mancha de sangre que había en el cable medía unos tres metros y medio. El cadáver estaba tendido diez metros más allá, y un casco de moto a otros cinco metros de distancia.

—Martin, ¿qué tenemos aquí?

El detective Burkow tosió con la tos típica de un fumador de toda la vida.

—Hola, Pete. Gracias por venir. Varón caucásico, de unos treinta años. Un vecino que estaba paseando a su perro encontró el cadáver hace una hora más o menos. Se dio parte de un 10-54, pero pensé que sería mejor llamaros a vosotros. Esto parece más bien un 187.

Sebeck y Mantz se miraron el uno al otro y arquearon las cejas. Homicidio. Bastante extraño para tratarse de Thousand Oaks. Por allí las únicas escabechinas que se producían eran inmobiliarias.

El fotógrafo hizo una señal a Burkow y regresó por el borde del camino. Burkow les dijo que avanzaran.

—Pegaos a la izquierda, por las rodadas. Todas las huellas de pisadas están en el otro lado.

Luego bajó del montículo.

Sebeck y Mantz pasaron por debajo del cable y se quedaron ante el cadáver. Sebeck se sintió aliviado al ver que la cabeza seguía unida al tronco. El casco estaba vacío. El muerto llevaba puesto un costoso traje de motocrós con varios logotipos. El nailon amarillo estaba desgarrado a la altura del pecho. Daba la impresión de que el piloto había chocado contra el cable con el torso, y aquél se había deslizado hasta la garganta. La laringe de aquel hombre estaba rajada, y las moscas zumbaban sobre la herida abierta. Su piel era de un blanco alabastrino, y sus ojos secos y sin brillo apuntaban a los zapatos de Sebeck.

Éste se puso unos guantes de látex y se agachó para buscar una cartera o una identificación en los bolsillos, pero no encontró ninguna. Miró hacia la moto y luego hacia el fotógrafo.

—Carey, intenta leer la matrícula de la moto. Tal vez podamos identificar a este tío.

El fotógrafo miró hacia abajo por el cañón, colocó una lente de 200 mm en su cámara y enfocó la moto.

Sebeck se levantó, y sus ojos se fijaron otra vez en el cable. Lo recorrió con la mirada a través de los arbustos hasta donde desaparecía.

—¿Alguien sabe dónde termina esto?

Los ayudantes del *sheriff* y los sanitarios negaron con la cabeza.

—Nathan, sigamos esta cosa, pero no te acerques demasiado y busca huellas. —Entonces se dirigió a Burkow—. Marty, ¿de quién son todas estas pisadas que hay en el camino?

—Los vecinos pasean por aquí a menudo. Ya he entrevistado a algunos.

—Consígueme un molde de cada huella de esta zona.

Sebeck señaló con las manos hacia abajo.

—Van a ser un montón de huellas.

—Diles a los de la científica que no saquen moldes de las de los perros.

Mantz sonrió.

—No sé qué decirte: he oído decir que los pequineses son muy listos.

Sebeck lo miró con gravedad y señaló hacia los arbustos. El cable discurría a través de un hueco en la ladera que daba otra vez a Potrero Road. Mantz y él se abrieron en abanico y avanzaron a través de los arbustos mientras inspeccionaban el suelo arenoso.

—Cuidado con los crótalos, Pete.

Mantz saltó por encima de una zanja de tierra erosionada.

Resultaba fácil seguir el cable, y el surco en el suelo que quedaba debajo facilitaba su rastreo en todo momento. Al cabo de veinte metros estaban de nuevo en la alambrada de Potrero Road, detrás de una señal de Prohibido el Paso. El cable cruzaba la alambrada y se metía por la parte trasera de una caja de acero de un metro cuadrado colocada sobre un tubo grueso que se introducía en el suelo. El surco del terreno terminaba a unos dos metros a su lado de la alambrada. No habían encontrado nuevas pisadas.

—Pasemos al otro lado.

Al cabo de unos minutos estaban otra vez en Potrero Road, ante la puerta. Bajaron caminando cien metros por el arcén hasta llegar a la caja metálica, que tenía un robusto cerrojo por delante, y estaba hecha de acero soldado. Tenía también algunas abolladuras producidas por los disparos con escopeta de los adolescentes de la zona, pero ninguno había logrado traspasarla.

—Está hecha para durar. —Sebeck observó un agujero cuadrado en la parte trasera, por donde entraba el cable—. ¿Será el armazón de un torno?

Mantz asintió con la cabeza.

—Al principio pensé que sería una travesura de los críos. Pero esto es una obra de ingeniería. ¿Para qué servirá?

Se dieron la vuelta cuando un Range Rover y un *pick-up* se subieron al arcén de la carretera, cerca de la puerta. Un par de individuos con pantalones militares se bajaron del Rover. Hablaron brevemente con los ayudantes del *sheriff*, quienes señalaron a Sebeck y Mantz.

Los recién llegados se subieron de nuevo al Rover. Ambos vehículos bajaron por la ladera y se detuvieron frente a los detectives, levantando una asfixiante nube de polvo.

Los de los pantalones militares se bajaron otra vez del coche. El del asiento del copiloto se adelantó con la mano tendida. Tenía pinta de rico, de empresario informal con la ropa arrugada.

—Detectives: Gordon Pietro, asesor legal de CyberStorm Entertainment. —Se dieron las manos. Pietro les entregó unas tarjetas de visita—. Éste es Ron Massey, nuestro vicepresidente de relaciones públicas.

Sebeck hizo un gesto con la cabeza. Massey tenía el pelo más largo que Pietro y un *piercing* en una ceja con un anillo de oro. Sebeck sintió una punzada de envidia. La idea de que podría moler a palos sin esfuerzo a aquel petimetre acudió espontáneamente a su cabeza; pero la rechazó.

—Éste es el detective Mantz. Yo soy el sargento detective Sebeck, de la Unidad de Delitos Graves del condado de Ventura Oriental.

Pietro se quedó desconcertado.

—¿Unidad de Delitos Graves? Nos dijeron que se había producido una muerte accidental en la finca.

—La policía local fue la que nos avisó. Estamos tratando esto como un homicidio en potencia. —Sebeck se inclinó a un lado de Pietro y miró hacia el *pick-up* aparcado detrás del Rover. El vehículo tenía un logotipo en la puerta lateral, ilegible desde aquel ángulo—. ¿Quién hay en la furgoneta?

—Ah, un empleado de la empresa de gestión. Se ocupan del mantenimiento de la finca. Tiene un mando a distancia de la puerta.

—Pues que venga aquí. Quiero hablar con él.

Pietro caminó unos pasos, mientras hacía señas al de la furgoneta.

Sebeck se dirigió a Massey.

—¿Para qué se usa esta finca?

—CyberStorm compró el terreno como inversión. La empresa también la usa para acampadas, ejercicios de trabajo en equipo y cosas por el estilo.

Sebeck sacó un bloc y un bolígrafo.

—Así que tú eres el relaciones públicas. ¿A qué se dedica CyberStorm Entertainment, Ron?

—Somos uno de los principales creadores de juegos informáticos. ¿No ha oído hablar de *Al otro lado del Rin*?

—No.

Burkow gritó desde cerca de la puerta.

—Pete. Los de Tráfico me han facilitado un dato. La moto está registrada a nombre de un tal Joseph Pavlos. Vive en esas McMan-siones que hay en la cima.

Massey se llevó una mano a la barbilla.

—¡Dios mío!

—¿Conoces a la víctima?

—Sí. Es uno de nuestros programadores más importantes. ¿Qué ha pasado?

Sebeck hizo un gesto con el bolígrafo.

—Se cortó el cuello con este cable. ¿Sabes si solía montar en moto por aquí?

—No lo sé, pero su equipo de programadores puede que sí.

Pietro regresó con un mexicano cuarentón vestido con un mono verde. El hombre parecía haber llevado una vida difícil, y haberse resignado a que se le volviera aún más difícil en cualquier momento.

—¿Ron? ¿Fue a Pav a quien mataron?

Massey asintió con la cabeza y sacó un teléfono móvil.

—Maldito cañón. No hay cobertura.

Pietro sacó el suyo para comprobar el medidor de la pantalla.

—¿De qué compañía eres? Yo tengo dos barras.

Sebeck los interrumpió.

—¿Y tú quién eres?

Pietro se dirigió a él.

—Éste es Jaime.

—¿Cuál es tu nombre completo, Jaime?

—Jaime Álvarez Jiménez, señor.

—¿Tiene algún tipo de identificación, señor Jiménez?

—¿Qué está pasando?

—Ha ocurrido una desgracia. ¿Puedo ver esa identificación, por favor?

Jaime miró a Pietro y a Massey, y luego buscó su cartera en un bolsillo. Encontró su carné de conducir y se lo tendió a Sebeck. El extremo le temblaba notablemente.

Una ligera sonrisa se dibujó en el rostro de Sebeck.

—Jaime, ¿mataste tú a este hombre?

—No, señor.

—Entonces tranquilízate.

Cogió el carné y lo examinó.

Jaime señaló la caja de acero.

—Yo cerré una ficha en este torno hoy. Sólo giré una llave. Como dice en la orden de trabajo.

—¿Dónde está la orden de trabajo?

—En la PDA, dentro de mi furgoneta.

—¿Tienes la llave del almacén?

Jaime asintió y sacó un llavero y mando a distancia con tres llaves.

—¿Activaste el torno hoy? ¿A qué hora?

—A eso de las nueve o nueve y media. Se lo puedo decir exactamente por la orden de trabajo.

Sebeck cogió las llaves y desbloqueó el almacén. Lo abrió con la punta del bolígrafo. Dentro había un torno eléctrico con otro ojo de cerradura.

—¿Para qué es la tercera llave?

—Para abrir manualmente la puerta.

—Así que giraste la llave. El torno se activó y tiró del cable...

—Sebeck se agachó— que iba por debajo del suelo.

—No, señor. El cable no. Sólo el motor del torno.

Los demás pusieron los ojos en blanco.

—Jaime, si tu empresa te mandó hacer esto, entonces no tienes de qué preocuparte. De todos modos, ¿para qué se usa este torno?

Jaime se encogió de hombros.

—No lo había usado hasta ahora.

—¿Me dejas ver esa orden de trabajo?

—Sí, señor.

Jaime corrió hacia la furgoneta.

Pietro miraba a lo largo del cable.

—¿Qué sucedió exactamente, detective Sebeck?

—Alguien construyó este torno y el armazón, y luego enterró un cable de acero en el suelo. Al activar el torno, el cable se tensó por la pista de tierra y se elevó hasta la altura del cuello.

Los dos representantes de CyberStorm parecían confusos.

Pietro se llevó la mano a la barbilla.

—¿Está seguro de que no es una... especie de cadena a través del camino?

—¿Y para qué enterrarla? ¿Qué sentido tiene cuando hay una puerta de acero en la entrada?

Pietro estaba desconcertado.

Jaime regresó y le puso a Sebeck la PDA delante de la cara. Dio sombra a la pantalla con su mano callosa y señaló la orden de trabajo que aparecía en ella.

—¿Lo ve? Dice «Active el torno elevador de antenas hasta que se detenga».

Sebeck cogió el ordenador de bolsillo y, junto con Mantz, comprobó los campos de datos que se veían en la pantalla.

—Nathan, vamos a necesitar una orden de registro para la empresa gestora de la finca. Pon sus oficinas bajo vigilancia hasta que podamos enviar un equipo. Además, asígname un número de expediente y consígueme las notas de Burkow. Voy a hacerme cargo de la investigación. De ahora en adelante, todo tendrá que pasar por mis manos. —Miró a Jaime—. Jaime, necesitaremos hablar contigo en la oficina del *sheriff*.

—Pero si yo no he hecho nada, señor.

—Lo sé, Jaime. Por eso te conviene colaborar con nosotros mientras obtenemos una orden de registro para tu jefe.

Pietro se interpuso.

—Detective Sebeck...

—Abogado, el mantenimiento de todo este tinglado corría a cargo de la empresa gestora de la finca, lo cual indica que estaban al tanto de todo. ¿Preferirías hacer responsable a CyberStorm, o quiere CyberStorm colaborar en mi investigación?

Pietro frunció la boca y luego se dirigió a Jaime.

—Jaime, no te preocupes. Ve con ellos. Haz todo lo que te digan. Cuéntales todo lo que sabes.

—Yo no sé nada, señor Pietro.

—Eso ya lo sé, Jaime. Pero creo que es mejor que hagas lo que te dice el detective Sebeck.

—Yo soy un ciudadano estadounidense. ¿Estoy detenido?

Sebeck miró a Mantz, que intervino en la conversación.

—No, Jaime. Sólo queremos hablar. Puedes dejar aquí la furgoneta. Cuidaremos de ella.

Mantz indicó a Jaime que se dirigiese hacia los coches patrulla y lo acompañó.

Pietro hizo una señal a Massey.

—Detective Sebeck, nos pondremos en contacto con su oficina para que nos faciliten una copia del informe policial. Ya sabe dónde localizarme.

Los dos hombres se subieron de nuevo al Range Rover y salieron a toda prisa, tal vez para encontrar una zona con más cobertura.

Sebeck miró a lo largo del cable. ¿Quién iba a idear algo tan complejo para matar a una persona? Se le ocurrían maneras más fáciles de acabar con alguien.

El detective contuvo una sonrisa. Aquello no era un suicidio, un asesinato o un chapucero trapicheo de drogas. De hecho, podría tratarse de un crimen premeditado. ¿Sería erróneo pensarlo? Accidente o asesinato, la víctima estaba muerta. Eso era impepinable. Por lo tanto, ¿qué había de extraño en suponer que se trataba de un asesinato?

Mientras pensaba en ello, Sebeck se dio la vuelta y regresó caminando a la puerta principal.